

brotan de la noche á la mañana, como la flor de San Juan; de esos pollos que empluman en chiribitil y se exhiben el día menos pensado, ingresando sin ceremonia á la carpanta.

Por lo que á nosotros toca, diremos que Facundo se lo encontró un día en el jardín del Zócalo cuando este jardín llevaba poco tiempo de plantado.

Hé aquí las circunstancias de su conocimiento.

Una masa compacta de curiosos avanzaba precipitadamente, disputándose ver algo de lo que pasaba á un señorito elegante que sostenía acaloradamente un altercado con dos guardas diurnos.

Era un pollo cuyas mejillas aparecían color de cresta, en virtud del bochorno que estaba sufriendo.

El pollo era Pepe.

Tenía en la mano un cuerpo de delito.

Este cuerpo de delito era una flor.

—Yo no la he cortado, decía Pepe.

—Y á mí qué? le contestaba un diurno ex-carbonero, esa es la orden del señor Trigueros.

—Pero esto es una injusticia.

—Después se quejará con *quen* corresponda, decía el otro diurno ex-vegeterano.

—Que se lo pongan, agregó un policía de á caballo recién metido á hombre de bien.

—Que se lo pongan, repitió un muchacho; ¡que se lo pongan! gritaron cien voces en coro, y el grupo ansiaba ver la repetición del espectáculo, que algunos días había sido ya la diversión de los transeuntes.

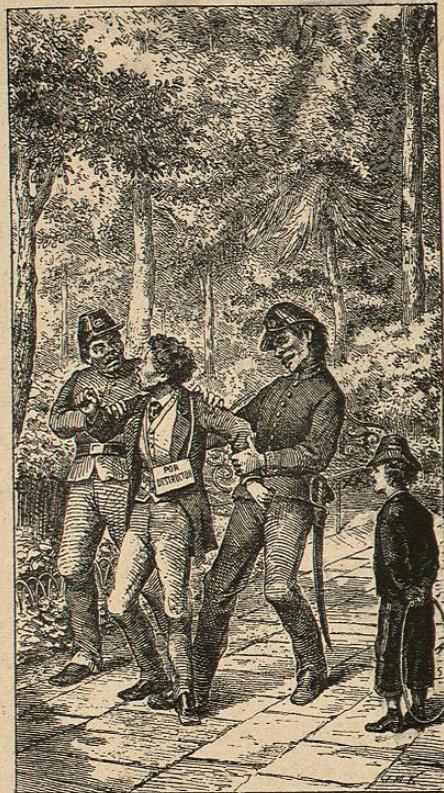
Pepe dirigía en vano sus miradas inquietas en derredor de sí, buscando

una alma caritativa que lo pudiera librar del tormento que le amenazaba; pero los diurnos que para testarudos nacieron, hacían gala de su rigor y de su celo por el cumplimiento de la ley.

Varias veces se acercó Pepe al oído de sus verdugos ofreciéndoles una propina; pero no había remedio, aquellos caribes no se dejaban seducir, pues su firmeza era el resultado de estas tres cosas:

En primer lugar eran indios; en segundo lugar tenían armas; y en tercero, se trataba de un ser indefenso; de manera que de las bruscas negativas pasaron sin dificultad á las vías de hecho.

La negra mano de uno de los diurnos tenía asido el brazo espigado del pollo, mientras el otro ejecutor le colgaba á Pepe, á guisa de escapulario, un tablita blanca con este letrero: «*Por destructor.*»



Por destructor

Apenas sintió Pepe Pardo el sambenito se rebeló y empezó á retorcerse y á sacudirse entre los dos guardias que le ajaban los cuellos y los puños de la camisa, daban al traste con el *chic* del peinado y la corbata, y hacían del pobre pollo la más descompuesta y ridícula figura que puede imaginarse. El concurso reía con un buen humor admirable, porque todo aquello, en último resultado, no era más que una escena cómica sin trascendencias: los gritos de la multitud crecían por momentos y aquel rumor estrepitoso de risas iba trayendo á un centro como hormigas á muchos transeuntes, á los concurrentes al átrio de Catedral, á los cocheros del sitio que formaban el mosquito más imponente y mordaz, á los cargadores, á los vendedores de golosinas y á todo el mundo.

Los empleados en el ministerio de

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1425 BOUTERLEY, MEXICO

la guerra abrieron algunos balcones, los centinelas de palacio llamaron al cabo cuarto para denunciarle al peloton de gente, conforme á ordenanza; los empleados del gobierno del Distrito abrieron tambien sus balcones, y ansiosos salían á contemplar la práctica de la providencia gubernativa con esa satisfacción propia del que dicta, escribe, lleva ó comunica las órdenes superiores, y por lo tanto está colocado sobre las víctimas.

Codeando, empujando y abriéndose paso con mil trabajos al través de aquella masa compacta de curiosos, caminaba Pío Prieto en socorro de su desgraciado amigo Pepe, hasta que logró colocarse á su lado.

—No seas bárbaro, Pepe, le dijo Pío cuando estuvo á su alcance; tú no sabes la Biblia.

Y tomándolo del brazo se disponía

á marchar con él en medio de la escolta que ya era de ocho guardas de policía; pero viendo que se resistía, le quitó el rótulo del cuello y se lo plantó Pío con aire de triunfo, y comenzó á andar, llevando del brazo á su amigo en medio de un aplauso general y de la risa de los concurrentes.

Pío con esa vivacidad y desenvoltura propia del pollo, se contoneaba, hacía cucamonas y reía con los curiosos, procurando dar á aquella escena el carácter de un verdadero juguete.

Pepe respiró y comprendió cuán torpe había sido en resistirse.

Los pollos dieron cabales las dos vueltas prescritas en la orden, en torno del jardín, y devolviendo el cartel á los guardas les dijo Pío:

—Ea, muchachos, á ponérselo á otro, porque ya me cansó esa tabla. ¡Adios, hijitos!

Un nuevo aplauso acabó de acreditar á Pío y de lisonjear su vanidad de calavera.

La reunión se disolvió, y Pío Prieto y Pepe se dirigieron acto continuo á la pastelería de Plaisant á tomar un ajeno, licor muy á propósito para atudirse después de las pasadas emociones.

Pepe Pardo era hijo de un sastre de Morelia: á los catorce años y en virtud de esa ley de que hemos hablado, que mejora las generaciones, encontró un día muy prosáico el dedal y muy oscuro el porvenir: comprendió que en Morelia, siendo hijo de Pardo el sastre, no podía aspirar á nada; y hurtando un día á su padre cincuenta pesos, declaró su independencia y se echó á andar por esos mundos de Dios.

Oscuro, pobre y desarrapado, llegó á México, y hubiera descendido hasta la última degradación, si un señor muy

caritativo no le hubiera proporcionado una plaza de dependiente; y si hemos de creerlo á él mismo, no conoció á su madre, ni tuvo jamás noticias suyas.

Pepe Pardo vivía, pues, como el pez en el agua. Como no sabía hacer otra cosa que medir, era dependiente de una casa de comercio, en la que sus patrones no creían haber encontrado en Pepe otro Ciceron.

